Ramón Gómez de la Serna, biógrafo

a Marina y Luis Ignacio Helguera

He preferido siempre en las biografías, dejándome guiar por esa libertad de intención, a los seres singulares, a los originales, a los que están nimbados por el desinterés, por la bohemia, por la pureza incomprensible, por la conducta llena de fidelidad, por la simpatía que emanan al haberse atrevido a ser los seres pintorescos y transeúntes de una época, dando romanticismo, novelaría, galantería y gracia a sus calles.¹

Los libros de Ramón Gómez de la Serna (Madrid, 1888-Buenos Aires, 1963) parecen, ante todo, volúmenes para ojear. Muchos llevan fotos e ilustraciones sobre lo que se habla o sobre cualquier otra cosa, pero también, y antes que nada, transmiten imágenes fuera de serie a través de la escritura.

Gómez de la Serna, ese creador de una corriente, de un *ismo* literario sin seguidores o, como en el caso de Borges, continuado por apenas unos cuantos que más bien lo imitan, agregaba a la anterior otra definición del género:

...pues creo que en la biografía hay que aislar y dar valor de momento sólo a algunas cosas marcándolas con un claroscuro violento.

Sí; en la biografía hay que dar saltos y cometer quizá anacronismos debiendo abundar en ella lo vivaz en vez de dar a la evocación un aspecto de hoja oficial de servicios y de crónica sobre el muerto. Esa graduación numérica a que se somete la vida de un hombre de talento, lo disuelve y lo diluye en un expediente. Por el contrario, si sólo se logra conseguir un minuto de su vida, que esté conseguido en su independencia del tiempo que ha corrido y del espacio, y que ese minuto tenga su desplante y su algo de cosa improvisada.²

El creador de las greguerías y de multitud de libros de todos los géneros —géneros propios y adoptados— pareciera condensar en este breve párrafo todo lo presente pero también lo ausente en sus escritos biográficos, que son casi siempre leve o descaradamente autobiográficos, como ya apuntó al-

guna vez Eugenio D'Ors.³ Por su parte, Gonzalo Torrente Ballester coincide con Francisco Umbral —quien partiera de las palabras de Ors— en que

Gómez de la Serna, biógrafo famoso y autobiógrafo, no acertó al cultivar esta clase de géneros. La razón es la misma de su error al acercarse a la novela: no contar con el destino. No contar con él como ingrediente capital de cualquier vida humana, y por ende, de cualquier personaje literario [...] No llegó a comprender que el hombre, que no es un objeto, jamás puede llegar a ser cosa, y, por tanto, sujeto de un proceso de greguerización. Ahora bien, lo que Ramón hace en sus biografías (o en sus novelas), es greguerizar a un hombre o a una imagen humana.⁴

Lo curioso es que justamente en ese leve toque de vida, o más bien, *de vista* propia introducido en las vidas ajenas, es donde se descubre la originalidad y, esencialmente, la mayor o menor pasión que el mismo Gómez de la Serna puso en cada uno de sus retratos. La presunta greguerización mencionada por Torrente Ballester resulta más bien la aplicación de una ironía singular. Y es este enfoque distorsionado —por llamar de alguna forma lo indefinible, eso que cargan también como sello personal las obras del Greco y de Jaques Tati— lo que ayuda ver bien, al hacerlo de una manera enrevesada, todos aquellos detalles perdidos casi siempre en las biografías *en forma*. A fin de cuenta, ¿qué tan artística pudo haber sido una vida y, sobre todo, qué tan objetivo podría ser el enfoque de otro ser humano al reconstruirla?

Malo, aunque esto no sea regla estricta, que Gómez de la Serna inicie el cuadro o boceto biográfico con un “fulanita de tal nació en 19... y ha sido Premio Nacional de...” Esto nos da ya mala espina respecto del gusto que el autor sintió al trazarlo. Maravilloso que sea con:

Su risa era la auténtica risa siniestra. Daba pánico haberla

¹ Ramón Gómez de la Serna, *Retratos completos*, Madrid, Aguilar, 1961. p. 258.

² “El conde Villiers de L'Isle Adam”, *Ibid.*, p. 131.

³ Citado por Francisco Umbral en *Ramón y las vanguardias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978. p. 85.

⁴ Gonzalo Torrente Ballester, “Prólogo” en *Ibid.*, p. 23.

provocado, aun cuando fuese para bien y representase algo así como un aplauso y una hilaridad de sus multitudes interiores, las multitudes que llenaban su alma.

que le dedicó a Diego Rivera, el *maldito*. Creo que uno de los puntos clave para entender, no sólo en este campo sino en general en otros libros de Gómez de la Serna, la inclinación a perder tensión en algunos textos largos o en las existencias que debió tratar por importancia cultural o compromiso, está en que en realidad esas vidas o contenidos narrativos no le atraían lo suficiente como temas literarios. Podían ser muy valiosas e incluso haberle servido para medrar dentro del ámbito de la política cultural, pero el autor —que acostumbraba escribir seis u ocho cosas a la vez, con las hojas clavadas en distintas tablas de su escritorio, y al que no interesaba en absoluto autopromoverse a través de las letras— se aburría al desarrollarlas por escrito. El verdadero interés al abordar, al analizar una existencia pareció fincarse más bien en la mayor o menor virtud —lúdica, crítica, paródica, pero no moral— de los personajes biografiados. Ramón, uno de los más diferenciados *ramones* de la literatura española del primer cuarto del siglo XX según Alfonso Reyes,⁵ prefirió acercarse a fondo, como él mismo lo indica en la mencionada cita, a los seres singulares y, dentro de este grupo, a los de corte más bien romántico. Si no siempre los más extravagantes fueron los que mejor se le dieron, el caso extremo de esta clase fue el oscuro, contrahecho fabricante de cuadros que en la versión de Gómez de la Serna se convertiría, allí sí, en un auténtico personaje de cuadro: Toulouse-Lautrec.⁶ Sobre él escribió el madrileño:

el grotesco que adquiere Lautrec, enano, y loco más tarde, es el grotesco del genio. Nos explicamos así más y mejor su locura y esa muerte temprana en el castillo de Albi. ¿No moriría envenenándose?

Si algo criticó Gómez de la Serna en otros biógrafos es la tendencia a omitir datos, características personales o circunstancias de cualquier tipo a causa de falsos pudores. En pocas palabras, la autocensura por supuesto buen gusto o cobardía. Lo que él se exigió como narrador de vidas fue ante todo la verdad, la exactitud en la descripción de cada existencia sin importar —o justo porque todo importa— lo que ésta hubiera dejado como una estela por detrás. Pero esencialmente, y esto se nota enseguida en su biografía de Oscar Wilde, lo que persiguió todo el tiempo —aunque no siempre lo consiguiera— fue dar no sólo con la frase ingeniosa y hueca, sino con la pepita de oro del lenguaje que,

más allá del simple juego de sentidos, atinara al hombre en su punto vital. La frase, la palabra, el sonido, incluso el crujido que encerró el alma del personaje, ese fue el paisaje a que apuntó la mirada de Gómez de la Serna. En este sentido, la línea sin par —o *greguerizada*, según Torrente— pretendía ayudar al descubrimiento de la regla de oro de la existencia, que está siempre mucho más allá de lo asentado por la visión oficial. Finalmente, como Wilde, Gómez de la Serna —esa suerte de dandi *sui generis*, hecho que lo hace dos veces *raro* (pensemos en el término aplicado a sí mismo y en la cercanía del madrileño, como biógrafo, a Rubén Darío)— presumirá todo el tiempo su talento.

La mayor o menor tensión de su literatura se identifica muchas veces con el estado de su ánimo y de su existencia, llena de inseguridades y altibajos, desbordante en pasiones poco ortodoxas. Esa característica de escritor *distinto*, de auténtico *extraño* en la literatura hispanoamericana, tan bien descrita por el mexicano Francisco A. de Icaza, como productor de *cosas* y no de narrativa o poesía en forma, la notaremos básicamente en las biografías breves, retratos por escrito o, más bien, bocetos. En este campo es donde ese minuto tiene su desplante y su “algo de cosa improvisada”. Allí es donde el autor recupera la chispa única que producirá la greguería; donde, más allá de los hechos de la vida y de las letras, sus *cosas* se transformen en esencias puras, en trazos concebidos muchas veces dentro de un “claroscuro violento”. Gómez de la Serna, en esos brevísimos “minutos” que se reducen más bien a instantes, a chispas del tiempo, es donde pellizca la existencia humana y renueva, al sobrepasarla, la literatura biográfica vista como un ejercicio dentro de un código único. Único no por valioso sino por convencional. De todas maneras, su *alter ego* como reseñador de vidas fue siempre el informador acucioso, el escritor profesional que sabía complementar los trazos de estilo con datos, y que en el caso de los personajes de vida plana, aunque llamativa por algún costado, no se limitó a reproducir lo recabado en los libros de consulta, pues también era capaz de obtener de quién sabe dónde los detalles más ocultos y a veces inusitados que permitieran colorear al ilustre busto.

Demostrando que la literatura, la mejor creación está no sólo cerca de la vida sino dentro, a un lado, detrás de ésta, Gómez de la Serna transmitió en no pocas ocasiones los más clarificadores detalles biográficos por medio de anécdotas compartidas entre él y sus personajes amigos o conocidos. Por esto muchas veces resultan más jugosos e interesantes los retratos de individuos que al lado del autor condensaron las características de toda una época o corriente, como el olvidado traductor y editor Luis Ruiz Contreras o Eugenio Noel —poeta extraído por la vida de alguna novela de Dostoievsky, con una existencia tan extremadamente trágica que rayaba en el humor involuntario—, que las de grandes personalidades de las artes o las letras cuyas existencias fueron casi perfectas, pero mortalmente aburridas.

Dentro del retrato biográfico —que, repito, en el caso de

⁵ Véase: Alfonso Reyes “El ramonismo en la actual literatura española”. *Obras completas*, IV, México, FCE, 1956, así como: Alfonso Reyes, *Tertulia de Madrid*, Buenos Aires, Espasa-Calpe (Austral, 1949. pp. 95-106.)

⁶ ¿En modelo de Cezanne o Gutiérrez Solana? Véase el *Portrait d' Achille Empereur*, del primero y, ante todo, *El visitante del museo* y *El espejo de la muerte*, curiosos bodegones con muñecos y calaveras de José Gutiérrez Solana, autor además del retrato de los contertulios de Pombo.

Gómez de la Serna arrastra siempre algo propio del autor—se manifiesta un flujo rítmico difícil de concebir en sus bosquejos. Uno de los apuntes donde mejor se descubre este gusto por el recorrido moroso dentro de una existencia es el pasaje-paisaje inicial de “*Ruskin el apasionado*”, de su libro *Efigies*, donde el autor hace una detallada descripción —hoy diríamos: un largo plano-secuencia— de la campaña inglesa para concluir el recorrido, eminentemente visual, en la siguiente inscripción muy a lo Charles Lamb puesta sobre una tablilla:

JOHN RUSKIN

N. 8 de febrero 1819

M. 20 de enero 1900

A partir de ese momento, Gómez de la Serna echaría a andar, desde la infancia más remota, la biografía de este enamorado de Turner y el prerrafaelismo.

Una de las grandes virtudes de Gómez de la Serna como narrador de vidas es que dejó que los personajes abordados en buena medida se autorretrataran. Cuando Echegaray aparece en sus páginas cae un ladrillo cultural sobre el lector. La imagen de Macedonio Fernández, al contrario, fluye, se desliza sobre las páginas como sin dejarse sentir gracias a la fascinación que su vida y obra provocaron en Gómez de la Serna. Esto sucede también con otro olvidado, Adriano del Valle; con Kafka, Jardiel Poncela o Ilya Ehrenburg, pues es en este espacio recreado por Ramón donde la vida desnuda, y no la fama impuesta o acumulada por factores poco fiables, se muestra de frente. En este sentido, el español, el madrileño, como un autor que pareciera recuperar la inocencia —sin caer en la ingenuidad—, después de acabada cada inmersión biográfica se dejará penetrar por el carácter, el cuerpo y el espíritu enteros de cada nuevo ser proclive al mimetismo. Gómez de la Serna se dejó seducir por una suerte de vampirismo similar al experimentado por los personajes de Henry James. Y en no pocos casos, el personaje tratado fue la vía perfecta para descubrir al lector los pliegues ocultos del contexto circundante. En particular, las características topográficas y ambientales de ciudades como Madrid o París, conocidas con precisión y gusto de relojero por el autor.

Si en este momento se me ocurriera bocetar una antología de retratos de Gómez de la Serna —proyecto imposible, pues Ramón, autor y víctima de su propia estirpe de *raros*, padece en su obra el síndrome de las superregalías—, ésta tendría que agrupar una apretada selección del trabajo desarrollado por el madrileño a lo largo de muchos años. También lustros enteros de historia literaria, artística y social, con el agregado de alguna *vida de santo*, se entremezclarían en este volumen. Sobre el peso cultural —o de culto— de los biografiados yo hubiera preferido elegir el de las letras. Por eso figuraría en el índice Manuel y no Antonio Machado. Me hubiera inclinado también por la originalidad de los enfoques y la magia de las frases que nos descubren nue-

vos perfiles y claroscuros en las figuras. Asimismo, por contar con multitud de acercamientos breves y redondos de Gómez de la Serna no hubiera incluido en este libro imposible las biografías de altos vuelos —Quevedo, Poe, Wilde, Nerval, Valle-Inclán, Gutiérrez Solana, etc.—, ya que sería una pena fragmentar libros que alcanzan muchas veces la dimensión del fresco biográfico. Me hubiera limitado a hacer esto último con algunos textos de menor aliento pero que encierran, o más bien desencierran con encanto —como en los casos de la infancia de Ruskin o la adolescencia de Juan Ramón— etapas completas y fundamentales de unas vidas. No hubiera pretendido que ésta fuera una galería de autores famosos sino una de excelentes retratos de firma, de esos *ramonismos* que partiendo del apunte alcanzan sin exceder la proporción del caballete. Y es que la firma de Gómez de la Serna estuvo siempre bien delineada en estas miniaturas maestras por intermedio de unas letras, palabras y frases que salidas del ingenio de madrileño parecían seguir un orden enloquecido, absurdo por libre pero justo en el trazo y efectivo en la imagen.

Y bueno, de haberse llevado a cabo el proyecto, hubiera podido concluir el prólogo de esta exhibición imaginaria de apuntes sueltos y retratos siempre apasionados con un cuadro biográfico del autor, puntual y objetivo aunque seco como una ficha de diccionario. Pero hubiera sido una suerte de traición tanto al libro como al madrileño. Por lo mismo hubiera preferido que fuera una cita del propio Ramón Gómez de la Serna, creador, repito, del más original de los *ismos*, la que diera paso a esta galería de vidas recreadas por una personalidad sin igual.

La antología de retratos, además, hubiera estado incompleta de no incluir como culminación el del propio Gómez de la Serna por Gómez de la Serna. Ramón se bocetó con un desparpajo y encanto propio de Laurence Sterne o James Ensor, se vio con la misma pasión puesta en aquellos otros seres singulares, no exentos de desventuras, cuya mayor extravagancia radicó en no ocultar jamás lo que fueron. Habría que señalar que el “Autorretrato”⁷ del responsable de *Automoribundia*, *El circo*, *El hombre perdido* y *Caprichos* que hubiera figurado en el libro, aparte de ser uno de los mejores escritos suyos en cuanto a calidez humana, ingenio y efectividad literaria, contiene la más honesta declaración de principios de un escritor. Gómez de la Serna se propuso desde sus inicios ser quien quería ser. No claudicó ni en los momentos más oscuros de su exilio.

Ya decía el famoso comandante de la Cripta de Pombo:

Uno va muriendo y viviendo en estas biografías, pero bien merece la pena de vivir y morir en este esfuerzo, si se hace un poco de justicia en la vida llena de injusticias. ♦

⁷ Extraído de *Biografías completas*, Aguilar, 1959.